



DISIDENEA SEXUAL

DESDE LA VULNERABILIDAD Y
LA RESISTENCIA

RESISTANCE
FROM VULNERABILITY AND

DISIDENEA SEXUAL

Atlas Menor #01. 2020

Edición publicada bajo licencia Creative- Commons Reconocimiento-NoComercial-Compartirigual 4.0 Internacional. Published by license Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International

Atlas Menor es un proyecto original de Bartlebooth. Editoras invitadas/Guest editors: Ana Olmedo, Elena Eguila (Venidadevenida)

Diseño y edición/Design and copy-writing: Antonio Giraldez López Y Pablo Ibañez Ferrera

Traducción/Translation: Akshid Rajendran

Tipografías/Fonts: Neue Machine de Pangram Pangram Foundry y Black Mamba de Swiss Typefaces

Editado en España/Edited in Spain

Impreso y encuadernado/Printed and bounded: XXXXXX

DEP.Legal: XXXXXXXXX

ISSN:



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE SANIDAD, CONSUMO
Y BIENESTAR SOCIAL

injuve



Proyecto financiado por Ayudas Creación Injuve
Project granted by Ayudas Creación Injuve

YERA LORENO SAINZ EZOUERRA

ESPACIOS DE DESEO Y CARTOGRAFÍAS DESDE LA RE-EXISTENCIA.

*El espacio tan sólo existe
en la medida que se utiliza o se experimenta.*
José Miguel Cortés, Políticas del espacio

*Inventa tu cuerpo en ese espacio
Inventa ese espacio en tu cuerpo.*
Colektivof, Espacio Acción!

Euando VenidaDevenida me propuso participar con un texto en este número de Atlas menor, desde unas cartografías de la disidencia sexual, empecé a pensar en cómo quería comenzar un texto así, situado desde mi inquietud e intereses en los espacios, como artista e investigadora, pero sobre todo desde mi vivencia en ellos como bollera. Supongo que tanto unas razones como otras van unidas. Y es que lo que me llevó a pensar y querer indagar y experimentar con el espacio siempre estuvo ligado a mis experiencias en ellos desde un cuerpo que se siente disidente y que, de diferentes formas, aprende y reaprende que los espacios no están hechos para según qué cuerpos. Más bien, están pensados para ciertos cuerpos (y no tanto para otros). A su vez, son continuamente subvertidos y transformados por nuestro propio estar en tanto que cuerpos disidentes en ellos. Como cuerpo leído y asignado como mujer, siendo bollera, blanca y proveniente de una clase baja, mi vivencia en los espacios, como la de muchas otras, se ha movido desde la ambivalencia. Desde estas vivencias aprendemos que hay espacios que nos son más cómodos que otros, que hay unos que son seguros y otros que no lo son, que hay espacios donde podemos mostrarnos y otros donde es mejor pasar desapercibidas, que hay espacios que podemos habitar, y otros que ocupamos, aún sabiendo que no somos queridas en ellos, y que hay espacios en los que somos violentadas y otros en los que podemos desear, jugar y reconvertirlos en un espacio para nosotras. Quizás, dentro de esta ambivalencia espacial, lo que más me ha interesado es pensar cómo un mismo espacio puede ser todas esas mismas cosas a la vez y cómo, para unas o en un momento dado, un espacio en el que sentimos la violencia

hacia nosotras puede ser reconvertido, por nuestra propia existencia en él, en un espacio para la resistencia y el deseo. Creo que fue todo esto lo que me llevó a querer empezar este texto con un espacio y dos imágenes muy distintas sobre el mismo, que me hablan de esas políticas espaciales de la vulnerabilidad y la resistencia. Ese espacio es un baño. Y para ser más explícita un baño público o semipúblico, es decir, aquel que es compartido con otras a quienes no conocemos.

Antes de continuar, me gustaría pedirte que pienses en tus vivencias en los baños, en tus recuerdos en ellos, en lo que has sentido, en tu transitar por esos espacios. Porque las imágenes de las que voy a hablarte nos llevan a pensar en todo esto. Y porque una cartografía menor nos habla, precisamente, de eso que otras/otres han vivido en los espacios, invitándonos a que nosotras pensemos en nuestro propio habitar y discurrir en ellos.

En 1998 la artista Carmela García realiza una serie fotográfica a la que titula Chicas, deseos, ficción. En todas las fotografías de la serie hay ciertas características recurrentes que sirven para articular un imaginario en torno al deseo lesbiano: todas ellas se producen en espacios públicos (o semipúblicos). En todas ellas aparecen mujeres que miran y desean a otras mujeres, que se miran entre ellas. A través de ciertos gestos, miradas y códigos corporales, se hace visible un deseo y una erótica lesbiana que transforma los espacios. Mediante estas ficciones visuales, esos espacios, habitualmente narrados y pensados desde lógicas heteronormativas, son subvertidos gracias a las escenas que activan los cuerpos que están en ellos. El espacio deja de ser suyo, para ser nuestro.

Bio

Es artista visual, investigadora y docente. Doctora en Filosofía y profesora del Departamento de Historia del Arte en la Facultad de Bellas Artes de la UCM. Su trabajo artístico y de investigación se sitúa, desde los feminismos y las disidencias cuir/queer, en el campo de la performance y la producción de imágenes en relación con las identidades y la subjetividad. Junto con la artista Eva Garrido forma parte del colectivo artístico Colektivof, habiendo activado sus proyectos, entre otros, en la Galería Off Limits (Madrid), Factoría de Arte y Desarrollo (Madrid), CA2M (Madrid), MUSAC (León), o Goodman Arts Center Gallery (Singapur).

De todas esas imágenes, que me fascinaron hace años, me gustaría centrarme en una. En ella la escena discurre en un baño. Parece un baño de un gimnasio, y en él, hay tres cuerpos. Como en otras fotos de la misma serie, las protagonistas de esta foto también se miran entre ellas. Dos de ellas se miran, casi esquivamente, pero con una mirada que contiene deseo, parece que se gustan. Y a mí como bollera me gusta verlas mirándose, en ese baño, en un juego de seducción y deseo que es desvelado a medias, que nos es visible y que ocupa el espacio y lo reconvierte en un lugar para el deseo. Recuerdo que esa foto me hizo pensar mucho en mi propia experiencia como bollera en baños muy similares a los que salían en la imagen. También recuerdo cómo me llevó a pensar que, como bolleras, carecíamos de un imaginario social en donde los baños públicos fuesen considerados espacios para el deseo y la práctica sexual entre nosotras. Más allá de que la hubiera, de lo que hayamos podido vivir con otras

en baños públicos, el baño no era (ni es) un espacio imaginado para nuestro deseo. No estaba en ninguna de nuestras películas ni de nuestras historias. A diferencia del imaginario gay en el que el baño público ha sido, y sigue siendo, un espacio recurrente para el erotismo, el deseo y las prácticas sexuales. De ahí mi fascinación por esa imagen, y por lo que el gesto de la artista había provocado: el baño ya no sería el mismo. Era otro, y estaba hecho también para y desde nuestro deseo.

La imagen me llevó a recordar mis propias prácticas sexuales y eróticas en los baños. Todas ellas mezcladas por el deseo pero también por el miedo, a veces, a ser descubiertas. En casi ninguna de esas ocasiones tenía una imagen del baño como un espacio para nosotras. Hasta que vi esa imagen, a la que acompañarían otras.

Me gustaría pedirte que sigamos en el baño, pero con otra imagen. En su obra Autorretrato como fuente, realizada a principios de los dos mil, las artistas Cabello/Carceller realizan también una foto en un baño público. Aún tratándose de un mismo espacio, es muy distinto, probablemente porque lo que sucede en esta escena es muy diferente a lo que Carmela García produce en la suya. En el baño de Cabello/Carceller las artistas aparecen meando de pie, de espaldas a la cámara y a nuestra mirada, y lo hacen en unos urinarios que, inicialmente, no están pensados para los cuerpos que los usan en la imagen. Con su estar y su acción, Cabello/Carceller ocupan y transforman el espacio del baño masculino, un espacio que como cuerpos leídos como "femeninos" no estamos legitimadas a usar, ni siquiera a transitar, y que además se convierte, dentro de nuestros imaginarios, en un espacio posible para la violencia y la agresión hacia nosotras.

Esos urinarios destinados a mear de pie que las artistas utilizan, nos hablan de muchas violencias: las producidas por un binarismo sexo/genérico que estructura espacios y produce cuerpos, que legitima usos y que vigila, sanciona y expulsa a todos aquellos cuerpos que se infiltran en dichos espacios como sujetos disidentes para los que el espacio no estaba pensado. A la vez que habla de violencia, esta imagen nos habla de cómo el espacio es (y puede) ser transformado por el uso de los cuerpos que lo transitan, utilizan y habitan. En definitiva, nos habla de que, a pesar de las hegemonías desde las que los espacios son construidos, estos son constantemente transformados por los cuerpos que los ocupan. Es más, esta imagen nos habla de que no existe el espacio tal cual, desde esa neutralidad que como feministas tanto nos hemos ocupado de cuestionar, sino que sólo existe en la medida en que es usado por los cuerpos y, por tanto, definido por ellos. Y en ese uso sabemos que hay violencia, que hay poder, pero también sabemos que hay deseo y resistencia. Por eso mi propio deseo de hablar en este texto de un mismo espacio y dos imágenes que dialogan una con otra. Porque en ambos baños, el de Carmela Gar-



cía y el de Cabello/Carceller, el espacio es un lugar ambiguo cuyo habitar puede ser redefinido. Y porque este habitar que las artistas nos proponen se sitúa desde la vulnerabilidad y la resistencia.

La vulnerabilidad nos habla de cómo nuestros cuerpos están siempre expuestos a otros cuerpos. Esa vulnerabilidad conecta lo que consideramos que es nuestro, nuestro propio cuerpo, con lo social: aquellos otros cuerpos que definen, legitiman y dotan de existencia al nuestro. Que le permiten vivir o no. Por eso, la vulnerabilidad habla de la violencia. Pero también habla de esta mutua exposición y fragilidad de todos los cuerpos frente a otros cuerpos, y con ello, nos habla de las alianzas y de lo colectivo. De ahí que, en la misma medida en que somos vulnerables, somos y podemos ser capaces de resistir. En el mismo sentido, y dado que no sólo los espacios son producidos por los cuerpos, sino que los propios cuerpos son producidos por los espacios, vulnerabilidad y resistencia están siempre presentes en nuestra relación con los espacios que ocupamos y por los que transitamos. Y nuestras estrategias de uso en ellos, como cuerpos disidentes, provocan una re-existencia. Un hacer que conlleva que los espacios re-existan desde otros usos, experiencias y vivencias marginales.

Si hasta aquí hemos hablado de espacios, podemos considerar a las cartografías como esas narraciones simbólicas que describen lugares, territorios, pero, sobre todo, que sitúan espacios y los usos dados a esos espacios. Que la cartografía tiene un origen problemático lo sabemos. Que como lenguaje simbólico que es contiene una historia atravesada por el poder y la violencia, así como por la legitimidad de quien o quienes están destinados a narrar, también. No es por ello casual que el desarrollo de lo cartográfico se haya utilizado como herramienta colonial. Pero al igual que sucede con el espacio del baño, me gustaría que trastoquemos y desubiquemos lo cartográfico como hacen lxs colaboradores que participan en esta publicación. Que desde nuestras marginalidades, imaginemos y narremos otras cartografías, a pesar de lo problemático del dispositivo y de su posible función ambivalente. Por ambivalencia me refiero aquí a que lo cartográfico posibilita, por un lado, el dotar, con su narración simbólica, de existencia a ciertos espacios y a los usos que los cuerpos les dan a dichos espacios. La cartografía es ya una imagen que queda disponible para otrxs, y que en ese sentido genera memoria de los espacios. Y como cuerpos disidentes sabemos de la necesidad de producir memoria visual que contrarrelate los imaginarios hegemónicos y nos de existencia. Un buen ejemplo de ello son los proyectos que encontramos en esta publicación y que, de diferentes formas, proponen una reescritura de la imagen cartográfica que nos sirve no sólo de memoria como cuerpos disidentes, sino también de conocimiento y localización de nuestra historia. A su vez, y de ahí lo problemático y ambivalente de la cartografía, es que puede ser convertida en una imagen de control que se vuelva contra nosotras. En el sentido en que lo cartográfico es una imagen que localiza espacios disidentes,



que los vuelve visibles, esta visibilidad no funciona sólo para nosotras, sino que puede convertirse también en mecanismo de control, vigilancia y poder. De ahí que vulnerabilidad y resistencia queden ligadas, de nuevo, en las cartografías marginales.

De estos proyectos me interesa especialmente cómo los mapas van a ser repensados a partir de las vivencias, recuerdos y experiencias de los cuerpos que han usado y transformado los espacios. También cómo rompen no sólo con la narrativa cartográfica hegemónica sino con su lenguaje representacional. Así, de reescritura de lo cartográfico nos habla el proyecto de Lesbos de Nubeade. En él, los espacios de la ciudad son recuperados desde una clave y una vivencia bollera, generando una nueva cartografía que fricciona con el mapa de la ciudad de Madrid y que nos cuenta otras historias, que nos habla de cuerpos y deseos que son borrados e invisibilizados y que, probablemente, volverán a serlo. De ahí el gesto de las artistas de ocupar los espacios y llenarlos de deseo bollero, de unas historias que no nos ha contado y que son homenajeadas por otros cuerpos disidentes que viven en el ahora de la ciudad y que quieren recordar a esas otras que también vivieron y habitaron en ella. Se trata, por ello, de una práctica de re-existencia espacial y simbólica.

En clave bollera se sitúa también el proyecto de Kyle Lasky, Lesbian Bedrooms II. A través de sus fotografías de habitaciones "lesbianas" Kyle no sólo articula un archivo visual de unos espacios de intimidad lesbiana, sino que vincula dicho espacio a la propia articulación de la identidad, cuestionando con ello la identidad "lesbiana" y las exclusiones que ha generado. En la diversidad de sujetos/cuerpos/habitaciones que Kyle nos muestra, la identidad de lo que significa ser lesbiana va a ser constantemente rearticulada y va a friccionar con los estereotipos visuales (y sociales) que de lo que un cuerpo lesbiano es o puede ser.

Por último, pero en diálogo con esta re-existencia cartográfica desde la vulnerabilidad, en *Queering the Map*, Lucas LaRochelle también inunda y pervierte el mapa como dispositivo de geolocalización a través de las narraciones de una multiplicidad de voces que recuerdan que existimos en los espacios, que nosotras también vivimos en ellos y que nuestras vidas los habitan. Las narraciones que colectivamente se van situando en el mapa dotan de otra narrativa a los lugares que señalan y los transforman en otro lugar. Aquel en el que nuestras historias de resistencia, seducción, amor, pero también de violencia, han sucedido. No se me ocurre mejor manera que cerrar este texto que con su proyecto QT.bot en donde la máquina, a partir de toda esa reescritura cartográfica desde las disidencias, imagina unos mapas futuros. Unas cartografías que están por venir pero que se sitúan desde nuestras marginalidades. Que hablan sobre lo que pueden ser nuestros espacios si son ocupados por nuestra re-existencia y modelados por ella. Es una invitación, por ello, a imaginar unas cartografías propias, situadas desde nuestros deseos y nuestras resistencias.

YERA MORENO SAINZ EZOUERRA

SPACES OF DESIRE AND CARTOGRAPHIES FROM RE- EXISTENCE

*Space only exists
inasmuch as it is used or experienced.*
José Miguel Cortés, Políticas del espacio

*Create your body in that space
Create that space in your body.*
Colektivof, Espacio Acción!

When VenidaDevenida proposed that I participate in this issue of Atlas menor from cartographies on sexual dissidence, I thought a lot about how I would start such a text within my concerns and interests in spaces as an artist and researcher, but especially from my experiences through them as a *bollera* (dyke). I suppose many reasons come together. What led me to think, inquire and experiment with spaces was always linked to my experiences in them from within a body that felt dissident and that, in many ways, learns and re-learns that not all spaces are made for all bodies. Rather, they are intended for certain bodies (and not so much for others). In turn, they are continually subverted and transformed by our own being as dissident bodies in them. As a body read and assigned as a woman, as a dyke, white and hailing from a lower class, my experience in spaces, like that of many others, has moved from ambivalence. Through these experiences, we learn that there are spaces that are more comfortable for us than others. There are some that are safe and others that are not. There are spaces where we may show ourselves and others where it is better to be unnoticed. We can inhabit some of those spaces, and we occupy others knowing that we are not loved in them. There are also spaces in which we are subjected to violence, and others in which we can desire, play and reconvert into spaces for ourselves. Perhaps, within this spatial ambivalence, what has interested me the most is to realise how the same space can be all those things at the same time and how, at a given moment or moments, a space in which we feel violence towards ourselves can be converted, by our very existence in it; into a space for resistance and desire. I believe it was all this that

Bio

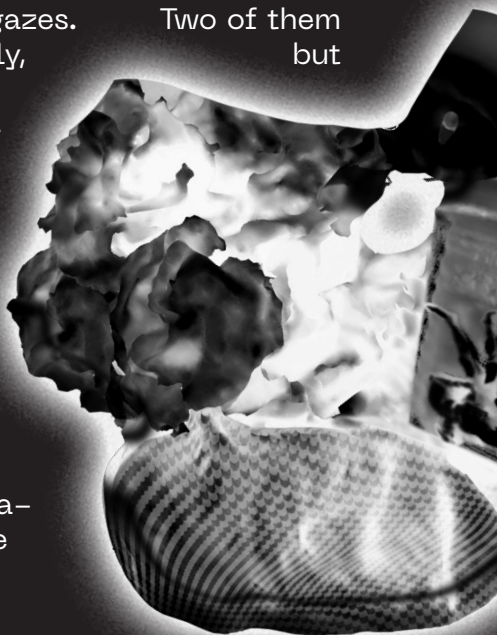
Visual artist, researcher and scholar. PhD. in Philosophy and Professor of Art History Department at Arts School of UCM (Madrid). Her artistic and research work, rooted in feminisms and cuir/queer dissidences, is placed on performance and image-production connected with identities and subjectivity. Along with Eva Garrido, she is part of Colektivof (art collective), from they have developed projects in Galería Off Limits (Madrid), Factoría de Arte y Desarrollo (Madrid), MUSAC (León), or Goodman Arts Center Gallery (Singapour) among others.

led me to want to begin this text with a space and two very different images of it that recount to me those spatial politics of vulnerability and resistance. That space is a bathroom; and to be more explicit, a public or semi-public bathroom, i.e., one that is shared with others whom we do not know.

Before going on, I would like to request you to think about your experiences in bathrooms, about your memories of them, about what you have felt, and about your passing through those spaces. Because the images I am going to describe will lead us to think about all that. And because a minor cartography tells us precisely what others have lived through in such spaces, inviting us to think about our own inhabiting and thinking about them.

In 1998, the artist Carmela García realised a photography series that she entitled *Chicas, deseos, ficción* (Girls, Desires, Fiction). In each photograph of the series, there are certain recurring characteristics that serve to articulate an imaginary around lesbian desire: all of them are produced in public (or semi-public) spaces. In all of them, there are women who desire and gaze at each other. Through certain gestures, glances and corporal codes, a certain lesbian desire and eroticism becomes visible that transforms the spaces. Through these visual fictions, these spaces, usually narrated and thought of through heteronormative logic, are subverted by the scenes activated by the bodies in them. The space ceases to be theirs in order to be ours.

Of all those images that fascinated me years ago, I would like to focus on one. The scene takes place in a bathroom. It looks like a bathroom in a gym, and in it appear three bodies. As in other photos of the series, the protagonists of the photo also exchange gazes. Two of them look at each other, almost elusively, with a look that embodies desire. It seems that they like each other. And as a dyke, I like seeing them looking at each other in that bathroom in a half-revealed game of seduction and desire visible to us. Their occupation of the space reconverts it into a place that welcomes desire. I remember that the photo made me think a lot about my own experiences as a dyke in bathrooms very similar to the ones in the image. I also remember how it led me to think that we as dykes lacked a



social imaginary wherein public bathrooms were considered spaces for sexual desire and practice. Besides the possibility of that existing, or having been able to live those experiences with others in public bathrooms, the bathroom was not (nor is it) an imagined space for our desire. It wasn't in any of our movies or stories unlike the gay imaginary in which the public bathroom has been, and continues to be, a recurring space for eroticism, desire and sexual practices. Hence my fascination for that image and for what the artist's gesture had caused: the bathroom would no longer be the same. It was other. It was also made for and from our desire.

The image led me to recall my own sexual and erotic practices in bathrooms; all of them interlaced with desire but also with fear; sometimes, the fear of being discovered. On almost none of those occasions did I ever picture the bathroom as a space for us; not until I saw that image, which would then be accompanied by others.

Iwould like to ask us to continue in the bathroom, but with another image. In her work, *Autorretrato como fuente* (Self-portrait as Fountain), carried out in the early 2000s, the artists Cabello/Carceller also realise a photograph in a public bathroom. Although the type of space is similar, it is a very different image; probably because what happens in this scene is very different from what Carmela García produces in hers. In the Cabello/Carceller bathroom, the artists appear peeing, standing up, with their backs to the camera and our gaze. They do so in urinals that, originally, were not designed for the bodies using them in the image. With their presence and their action, Cabello/Carceller occupy and transform the space of the male bathroom, a space that, as bodies read as "feminine", are not entitled to use, not even to pass by, and that also becomes, within our imaginary, a possible space for violence and aggression towards us.

These urinals that the artists use, destined to pee into standing up, speak to us of many types of violence: those produced by a gender or sexual binarism that structures spaces and produces bodies, which legitimises uses, monitors, punishes and expels all those bodies that infiltrate these spaces as dissident subjects for whom the space was not intended. While it talks about violence, this image also tells us about how space is (and can be) transformed by the use of the bodies that transit, use and inhabit it. In short, it tells us that, despite the hegemonies from which spaces are built, they are constantly transformed by the bodies that occupy them. Moreover, this image tells us that space does not exist as is from a neutrality that, as feminists, we have taken the responsibility of questioning. Rather it tells us that it only exists to the extent that it is used by bodies and, therefore, defined by them. In that usage, we know that there is violence, that there is power, but we also know that there is desire and resistance. From there stems my own desire to speak of the same space and two images that dialogue with each other. Because in both bathrooms, Carmela García's and Ca-

bello/Carceller's, the space is an ambiguous one where living is redefined; and because this inhabiting that the artists propose to us is situated from vulnerability and resistance.

Vulnerability tells us how our bodies are always exposed to other bodies. This vulnerability connects what we consider to be ours, our own body, with the social: those other bodies that define, legitimise and endow ours with existence and allow you to either live or not. That is why vulnerability speaks of violence. But it also speaks of a certain mutual exposure and fragility that all bodies experience before other bodies. From there, it talks about alliances and the collective. Hence, to the same extent that we are vulnerable, we can resist. In the same sense, and given that not only are spaces produced by bodies, but the bodies themselves are produced by spaces, vulnerability and resistance are always present in our relationship with the spaces we occupy and transit. And our strategies of use in them, as dissident bodies, provoke a certain re-existence; a doing that implies that spaces re-exist from other uses, experiences and marginal lives.

If so far we have talked about spaces, we can consider cartographies as those symbolic narratives that describe places, territories, but above all, locate spaces and the uses given to those spaces. We know that cartography has a problematic origin. As the symbolic language it is, it contains a history traversed by power and violence, as well as the legitimacy of those destined to narrate. It is not a coincidence that cartography has been used as a tool for colonialism. But as with the space of the bathroom, I would like us to alter and dislocate the cartography as the collaborators participating in this publication would; that from our marginalities, we imagine and narrate other cartographies, despite the problematic nature of the device and its possible ambivalent function. By ambivalence, I refer here to the fact that the cartographic makes it possible, on the one hand, to endow the existence of certain spaces with symbolic narration and the uses that bodies exercise over said spaces. Cartography is already an image that is available to others, and in that sense, generates a memory of spaces. As dissident bodies, we know of the need to produce a visual memory that counteracts the hegemonic imaginaries in order to grant ourselves our existence. The projects we find in this publication are good examples of this. In different ways, they propose a rewriting of the cartographic image that serves us not only through memory as dissident bodies, but also through knowledge and localising our history. From there stems what is problematic and ambivalent about cartography: that it can be turned into an image of control that can then turn against us, in that the cartographic is an image that locates dissident spaces, which makes them visible. However, this visibility does not work only for us, it can also become a mechanism of control, surveillance and power. Thereby, vulnerability and resistance are once again linked in the marginal cartographies.

Of these projects, I am especially interested in how maps are going to be rethought based on the experiences, memories and lives of the bodies that have used and transformed those spaces; how they break not only with the hegemonic cartographic narrative but also with their representational language. In this way, from rewriting the cartographic, Nucbeade's *Lesboanimitas* project speaks to us. In it, the spaces of the city are recovered from a key and a lesbian livelihood, generating a new cartography that rubs against the map of Madrid, recounting other stories that tells us about bodies and desires that are erased or invisible and that, probably, will be again. Hence, the gesture of the artists is to occupy the spaces and fill them with lesbian desire, of stories that have not been told, honoured by other dissident bodies living today in the city that want to remember those others who also lived and dwelt in it. It is, therefore, a practice of spatial and symbolic re-existence.

In lesbian terms, one could also situate Kyle Lasky's project, *Lesbian Bedrooms II*. Through their photographs of "lesbian" rooms, Kyle not only articulates a visual archive of spaces of lesbian intimacy, but also links said spaces to the articulation of identity itself, thereby questioning "lesbian" identity and the exclusions it has generated. In the diversity of subjects/bodies/rooms that Kyle shows us, the identity of what it means to be a lesbian will be constantly rearticulated, creating friction between the visual (and social) stereotypes of what a lesbian body is or can be.

Lastly, but in dialogue with this cartographic re-existence from vulnerability, in *Queering the Map*, Lucas LaRochelle also floods and perverts the map as a geolocation device through the narratives of a multiplicity of voices, remembering that we exist in spaces, that we also live in them and that our lives inhabit them. The narratives are collectively placed on the map endowing the indicated places with another narrative and transforming them into another place; one in which our stories of resistance, seduction, love, but also violence, have occurred. I can't think of a better way than to close this text than with the *QT.bot* project where the machine, based on all the cartographic rewriting from the dissidents, imagines





ATLAS MENOR

Gerardus Mercator construyó El Atlas Menor a través de más de cien planos, esquemas, dibujos y cartografías. Su objetivo no era simplemente construir una representación geográfica del mundo, sino una explicación universal de aquello que lo rodeaba. El término atlas, precisamente, trascendía la descripción y lo transformaba en una herramienta operativa de comprensión de la realidad. El término menor aludía a las características físicas del volumen, pues lo reducido de su tamaño permitía una fácil adquisición y transporte. Ponía al servicio de aquel que lo tuviese en sus manos un nuevo kit de herramientas de análisis, descripción y creación de la realidad.

Subvirtiendo las lógicas positivistas y totalizantes de la cartografía, Atlas Menor retoma críticamente esta voluntad. La cartografía, ideada por Mercator a través de una proyección eurocéntrica y como herramienta colonizadora, ha dejado de ser representación para convertirse en un instrumento de análisis crítico de la realidad que estudia. Frente al dibujo estéril, reivindicamos su capacidad para desvelar nuevos aspectos, relaciones de poder, escenarios y agentes involucrados en la construcción espacial. Cartografías menores, al margen de los criterios establecidos, donde tanto el ámbito de estudio como el proceso mismo de representación presenten nuevas maneras radicales de entender las implicaciones espaciales de los procesos que nos rodean.

ATLAS MENOR

Gerardus Mercator construyó El Atlas Menor a través de más de cien planos, esquemas, dibujos y cartografías. Su objetivo no era simplemente construir una representación geográfica del mundo, sino una explicación universal de aquello que lo rodeaba. El término atlas, precisamente, trascendía la descripción y lo transformaba en una herramienta operativa de comprensión de la realidad. El término menor aludía a las características físicas del volumen, pues lo reducido de su tamaño permitía una fácil adquisición y transporte. Ponía al servicio de aquel que lo tuviese en sus manos un nuevo kit de herramientas de análisis, descripción y creación de la realidad.

Subvirtiendo las lógicas positivistas y totalizantes de la cartografía, Atlas Menor retoma críticamente esta voluntad. La cartografía, ideada por Mercator a través de una proyección eurocéntrica y como herramienta colonizadora, ha dejado de ser representación para convertirse en un instrumento de análisis crítico de la realidad que estudia. Frente al dibujo estéril, reivindicamos su capacidad para desvelar nuevos aspectos, relaciones de poder, escenarios y agentes involucrados en la construcción espacial. Cartografías menores, al margen de los criterios establecidos, donde tanto el ámbito de estudio como el proceso mismo de representación presenten nuevas maneras radicales de entender las implicaciones espaciales de los procesos que nos rodean.

Mirar a la cartografía desde las disidencias sexuales posibilita un proceso de resignificación que habla en otros términos, trata otros territorios y rompe con los ideales hegemónicos de lo cartográfico. Este eje atraviesa el trabajo de lxs tres autorxs participantes, para encontrar un potencial que permita cuestionar, remover e imaginar otras vivencias posibles. Esto significa dar cuenta de lo subjetivo y activar herramientas que denotan una voluntad política. Y es que tratar otro tipo de experiencias que se alejan de la norma requiere otras formas de hacer que posibilitan nuevos imaginarios pero no olvidan las relaciones de poder y las desigualdades que los inscriben. En definitiva, demuestran que podemos hacer cartografías en nuestros propios términos. Los tres trabajos escogidos están contruidos con argamasa de memoria colectiva, experiencias personales, deseos entrelazados y relatos ficcionados. Hacen referencia a las diferentes formas de vivir y habitar el espacio a través de testimonios, fotografías u otros registros que cuentan historias; historias que hablan desde la memoria, la intimidad y la ficción, desde lugares de resistencia y de vulnerabilidad.

MAPAS/MAPS
LUÉAS LAROCHELLE
KYLE LATSKY
NUEBEADE

TEXTOS/TEXTS
YERA MORENO

EDITORAS INVITADAS/
GUEST EDITORS
VENIDAEVENIDA

Mirar a la cartografía desde las disidencias sexuales posibilita un proceso de resignificación que habla en otros términos, trata otros territorios y rompe con los ideales hegemónicos de lo cartográfico. Este eje atraviesa el trabajo de lxs tres autorxs participantes, para encontrar un potencial que permita cuestionar, remover e imaginar otras vivencias posibles. Esto significa dar cuenta de lo subjetivo y activar herramientas que denotan una voluntad política. Y es que tratar otro tipo de experiencias que se alejan de la norma requiere otras formas de hacer que posibilitan nuevos imaginarios pero no olvidan las relaciones de poder y las desigualdades que los inscriben. En definitiva, demuestran que podemos hacer cartografías en nuestros propios términos. Los tres trabajos escogidos están contruidos con argamasa de memoria colectiva, experiencias personales, deseos entrelazados y relatos ficcionados. Hacen referencia a las diferentes formas de vivir y habitar el espacio a través de testimonios, fotografías u otros registros que cuentan historias; historias que hablan desde la memoria, la intimidad y la ficción, desde lugares de resistencia y de vulnerabilidad.